



La Extensión Agrícola y nuestra prensa

UNA NUEVA PROFESION PARA LA MUJER

AYUDANTE DE ECONOMIA DOMESTICA RURAL

Entre los atractivos de las nuevas técnicas, acaso el más sugestionante cuenta con la incorporación de la mujer a tareas que hasta ahora fueron consideradas como arduas, exhaustivas, muchas veces inadecuadas. Es en Alemania y Estados Unidos donde se acusa más vigorosamente esa incorporación sin merma de la femineidad. Otros países se aventuran hoy por caminos en los que suele aparecer la mujer arma al brazo o conduciendo un tractor. Esto último nos parece excesivo, por mucho que Ronstand y Menchicov nos hablen de la incalculable resistencia del hasta ahora considerado «sexo débil».

Una información facilitada no hace mucho por organismos dependientes de las Naciones Unidas señala con notable precisión la importancia de la aportación de las mujeres al trabajo. China y Rusia compiten en el récord tan inusitado como descomunal del máximo empleo de brazos femeninos en las tareas rurales. Los técnicos norteamericanos y alemanes optan por una sabia adaptación y un aprovechamiento racional antes que provocar una influencia excesiva en los cuadros femeninos de trabajo.

La mujer y su participación en la economía del hogar.

En España, donde se calcula que trabajan en los medios rurales más de un millón de mujeres, se advierte ya el efecto de esa incorporación de la que venimos hablando. Antes ha sido la ciudad, con su rica variedad de empleos, lugar de adaptación y desarrollo de la mujer que trabaja. En este orden es Francia la que destaca sobre los demás países, porque se dice que de allí es «la mujer que más ayuda a su marido en sus tareas y batallas por la existencia».

Después de la ciudad viene el campo. La mujer tienen aquí mucho que hacer, y no preci-

samente en el marco de las duras actividades y faenas, sino en el seno de los hogares campesinos. Considerable parte del éxito de la industrialización del campo del oeste norteamericano, en sus primeras etapas, se debe a la mujer, al trabajo y la colaboración de ésta. «El hogar de una mujer campesina con alguna formación—decía Coolidge—resulta incomparable enseñanza para toda empresa encaminada a la explotación de los productos del campo...» Y es que nadie como un ama de casa llega a poseer esa ciencia especial de aprovechar las excelencias todas de una simple patata, de un puñado de frutos, de un trozo de animal sacrificado o de un saquito de legumbres. Las primeras granjas racionalizadas en Norteamérica contaron con excelentes directoras, que aportaron a la empresa las experiencias adquiridas en el hogar campesino.

Las muchachas extensionistas de El Encín.

Ahora es cuando nace para la mujer una nueva actividad en los medios rurales españoles. Creado por el Servicio de Extensión Agrícola del Ministerio de Agricultura, inicia sus tareas un cuerpo idóneo: el de Ayudantes Femeninos de Economía Doméstica. La Escuela de Instructoras Rurales de la Sección Femenina, en Aranjuez, ha venido a ser el emporio de una primera promoción de Ayudantes encargadas de sumar las experiencias de la economía doméstica a las prácticas y enseñanzas de extensión agrícola. Prácticas y enseñanzas que complementan las que tienen a su cargo los Ayudantes, Agentes y Auxiliares de las Agencias Comarcales Agrícolas. Fué la Junta Central de Extensión Agrícola quien asumió la trascendente responsabilidad de hacer penetrar



La confección de carteles es otra de las muchas enseñanzas destinadas a atraer la atención de los medios rurales.

la inquietud y la curiosidad por esta suerte de enseñanzas entre las juventudes campesinas.

En la Escuela de El Encín, en Alcalá de Henares, dependiente del Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, tuvimos oportunidad de asistir a los cursos que siguen las muchachas aspirantes al título de Ayudantes de Economía Doméstica.

El Encín es una teoría agrícola completa, tan eficaz como inverosímil. Sobre prados, sembradíos y tierras experimentales que se extienden sobre unas setecientas hectáreas, se realizan estudios y prácticas que abarcan lo imaginable y hacedero del agro español. Nada se descuida; todo está previsto en sus instalaciones. Da la impresión que hombre y mujer, allí se convierten en científicos y técnicos de la buena tierra. Cada alumno, de uno u otro sexo, emprenderá después en la comarca que le corresponda, una vez ganado el título, una labor de enseñanza y difusión de las nuevas técnicas que el talento humano es capaz de dispo-

ner para la explotación de los campos. Los animales son testigos y protagonistas de la experiencia. Una vaca, en ese activo laboratorio agronómico, es algo más que un simpático animal de cuatro patas, con cuernos y ubres. Un tractor adquiere la colosal importancia de un mecanismo decisivo del porvenir de la gleba.

Como una colmena en la que todas son reinas...

¿Y qué tiene que hacer allí una muchacha? ¿Cómo en el crisol maravilloso de lo agrícola, en el que hierven mil fórmulas mágicas e invenciones asombrosas para la producción y el desarrollo de la tierra, la planta y el animal; cómo puede, en un mundo tan complicado y difícil, desenvolverse una juvenil y bonita mujer? Ese es el milagro de la técnica. La técnica que el hombre crea y de la que hace uso para hacer que sean otras las cosas primitivas.

Es allí, esta vez El Encín, donde hombres y mujeres trabajan para que sea menos infirme toda adquisición humana; para hacer que no sean seguridades inseguras todas esas comodidades físicas y morales, todos esos descansos, todos esos cobijos, todas esas virtudes y disciplinas, ya habitualizadas. Porque en el trabajo de la tierra comienza la gran trascendencia de la técnica que el hombre crea para su progreso. ¿Y qué es la tarea del hombre sin la presencia y la colaboración de la mujer?

Desde la diana de las ocho al silencio, que se ordena a las once, hemos visto a las cursillistas, «las muchachas extensionistas», trabajar como en una colmena donde todas son reinas, pero activas y laboriosas, que no desean únicamente engordar en el dulzor de las mieles. Van vestidas con una chaqueta verde, de punto, y una falda gris, como en un intento de formar un todo armónico con la gama de

la Naturaleza. Son once muchachas incansables, risueñas, emprendedoras, bajo soles, vientos y lluvias, que es como estar licenciadas en el tiempo. No se detienen ante ningún obstáculo que intente obstruir sus tareas. Son resueltas, animadas, responsables.

Comienzan por la mañana, a las nueve, las prácticas de motor con los *scooter*. Ya se sabe que el *scooter* del siglo xx sustituye a la mula de los caminos y arados primitivos. En la explanada que se abre ante la Escuela, las once cursillistas van y vienen sobre las motocicletas como si se tratase de un ejercicio ecuestre. Hay gracia y armonía en los ejercicios, quizá porque están realizados por mujeres. Vienen después toda suerte de enseñanzas del hogar. Lo mismo se aprende allí a vestir a un niño recién nacido que a cuidar una vaca. Las llamadas industrias de origen casero, como el queso, la miel, el vino... Todas las prácticas del medio rural



La comida en los medios rurales puede mejorarse.

son atendidas bajo el signo moderno y beneficioso de las nuevas técnicas. No es difícil ver a una futura Ayudante empleada en la redacción de un folleto explicativo, que luego surtirá los efectos buscados en la Agencia Comarcal, como afanada en mejorar la obtención de la cera.

Misioneras del progreso.

De antiguo, el campo se ha defendido de las invasiones del progreso con una cortina muchas veces impenetrable: el telón del escepticismo. «A la tierra, ¡hierro!»—decía con voz socarrona un labriego a cada explicación de un Ingeniero extensionista que pronunciaba conferencias sobre abonos en una provincia del Sur. La gramática de aquel palurdo tenía la fuerza de una sentencia romana: «A la tierra, ¡hierro!» Y es seguro que volvió a sus tierras dispuesto a no beneficiarlas más que con la acción desentrañante del vetusto arado romano. La anécdota es todo un símbolo.

Detrás de ese telón campesino está también

el hogar. No es cosa fácil penetrar en él con nuevas enseñanzas. «Al intentarlo—nos dice una cursillista—se advierte la diferencia entre el papel y la realidad de cuanto se trata de la hermandad, de la ciudad y el campo...»

Las once muchachas que se nos antojan abnegadas misioneras del progreso son: unas de Madrid, de Cataluña y Valladolid, e isleñas, las otras. También asisten extremeñas, zamoranas, etcétera. Josefa González, de Almendralejo, antigua alumna de Aranjuez, estuvo explicando materias rurales en zonas del Plan Badajoz. Una catalana muy inteligente, Concepción Estévez, explica cómo hay que valerse de inenarrables argucias para atraer la atención y el interés de las sencillas gentes del campo.

Dura tarea les queda a estas once muchachas que estrenan profesión nueva: Ayudante de Economía Doméstica Rural. Son, en verdad; llegarán a ser misioneras del progreso en el duro hacer del campesinado.

GALO HIERRO

(De *Semana*, Madrid, 22-XI-1960.)

